

B

ballena

buey

búfalo

búho

buitre

burro



Ramiro Fernández Saus Ballena con pájaros 1994



Karen Appel El Buho 1953



Maruja Mallo Glaucopion s. xx

Jorge Guillén

BALLENA

En este mar Pacífico
—Por su vuelo gaviotas
De pronto nos sorprende
Móvil color con notas

Oscuras. Sobre el agua
Visibles, son quizá
De mole muy sutil:
Surtidor surgirá.

Y asciende por el aire
—Momento de una escena
El disparo festivo
De entrevista ballena.

Tan enorme viviente,
A la costa vecino,
Cifra en aquel relámpago
—Con tal ímpetu advino—
Esa maravillosa
Profundidad marina
Que al hombre un nuevo mundo
Secreto le destina.



Patrick Syme Ballena blanca 1831

BALLENAS EN LONG ISLAND

I

Las he visto varadas en la playa.
Los niños han abandonado
carruseles, montañas rusas,
nubes de azúcar, blanca o rosa, palomitas de maíz
y suspendidos de sus cometas de colores
han llegado a la orilla. Atrás quedó
la música crispada de los altavoces.
Ahora escuchan otra música más sosegada y misteriosa:
jadeo de olas, disnea de cetáceos agonizantes,
chillidos de las aves marinas,
estremecedora polifonía.

Los niños, desconectados de lo fabuloso,
saben que es imposible que a Jonás
se lo tragase una ballena,
como cuenta la Santa Biblia,
porque al final de la caverna amenazadora
una garganta angosta permite sólo el paso
de minúsculos pececillos, plancton, polen marino
que atravesaron las barbas filtradoras.
(Ignoran, sin embargo, que estas barbas
fueron antaño utilizadas
para acentuar la delgadez del talle de las damas.
¡Sólo Dios sabe qué habrá sido de ellas,
dónde estarán ahora pudriéndose!)

II

Son, desde luego, extraños pero no infrecuentes
estos suicidios colectivos.
Los biólogos, oceanógrafos, ecologistas
nada pueden hacer por reintegrar a los cetáceos
a su hábitat, a su medio natural;
no sólo por su peso y su volumen, sino
porque están decididas —resignadas
a morir. (Se barajan hipótesis
diferentes y contradictorias: alguna,
tal vez, resolverá el enigma.)
Hay quienes atribuyen el suceso
a una avería, una desconexión
—por el momento indemostrable
en el sofisticado sistema de radar
que utilizan en sus desplazamientos.
¡Quién sabe cuál será la causa
de esta agonía a la que yo asistí
en las arenas de Long Island!

III

Yo sí lo sé. Yo he descifrado
el, para los demás, indescifrable código,
-¡oh mi piedra Rosetta de estrellas y de olas!
Los ballenatos, los jóvenes, los útiles,
los que regresan a la mar
tras culminar estas expediciones
hablaban en sus asambleas nocturnas,
mientras dormían las ballenas madres,
de la necesidad imperiosa de liberarse de este lastre
de ancianas jubiladas,
de toneladas de disnea y sordera.
Con fuegos o aguas de artificio,
pirotecnia, acuatecnia,
comunicaron su resolución:
«Nosotros os conduciremos
a unas playas calientes,
a unos lugares a los que no llegan
tempestades, témpanos, balleneros;
allí disfrutaréis del merecido descanso
después de tantas aventuras,
tantos afanes, tantos riesgos.»
Las dejaron varadas en la arena.
«Hasta mañana», les dijeron,
sabiendo que no volverían.
«Hasta mañana.»

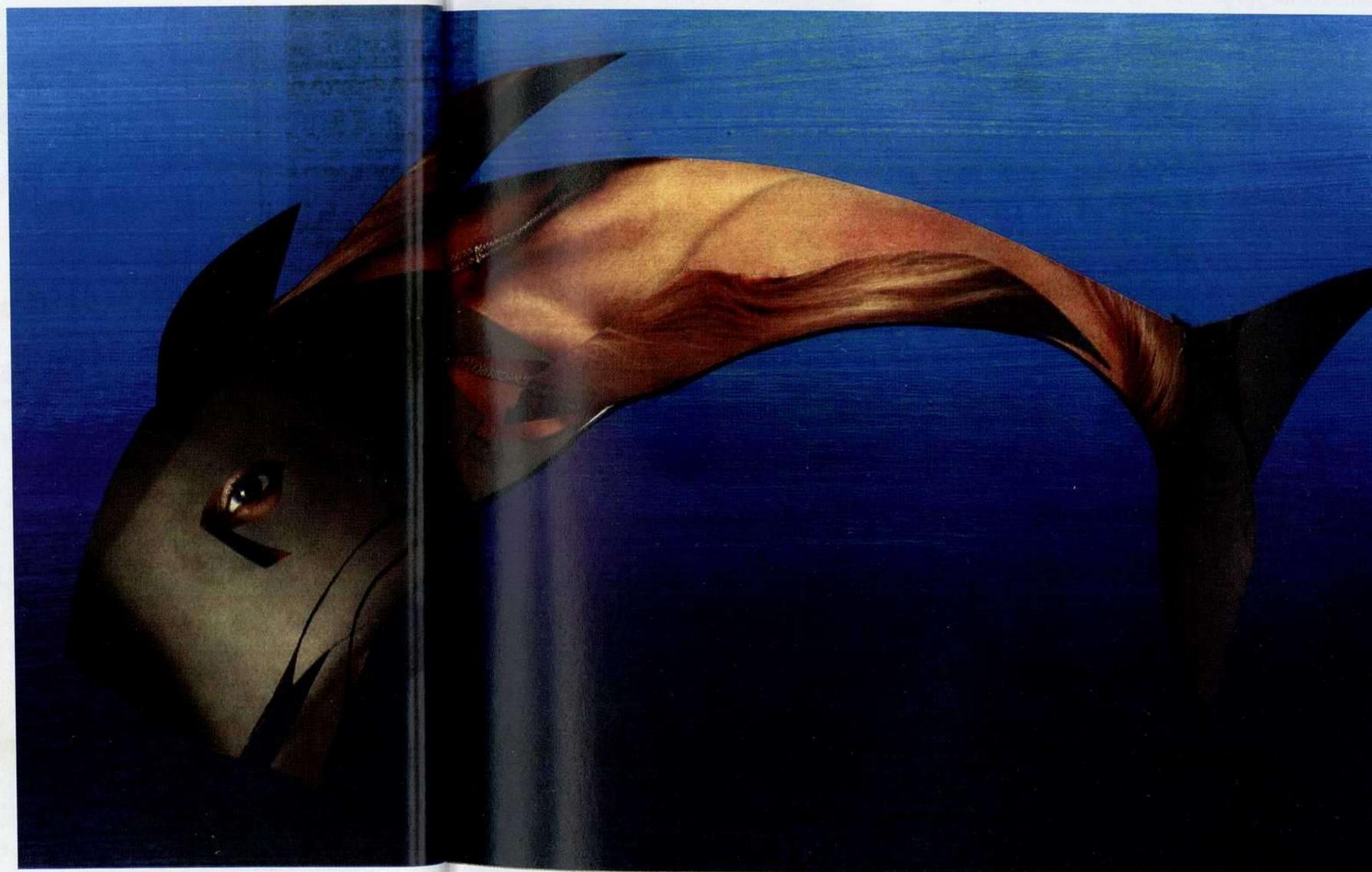
IV

Misericordioso e implacable
el sol les reseca la piel repujada de algas.
Muy pronto albatros y gaviotas se ensañarán
con estas moles de agonía,
de grasa y carne putrefacta.
El sol es chupado por el horizonte,
se hunde poco a poco en él
despidiéndose con su rayo verde.
Luego es la noche, y otras noches.
El faro intermitentemente
pasa su lengua de luz piadosa sobre la arena.

El mar agita sus espejos negros.
Sobre la seda o terciopelo funeral
chisporrotean las estrellas fugaces,
las ascuas de la luna de azafrán.
El zumbido de las abejas marinas,
el crujido del oleaje que clava sus colmillos
en las rocas de azabache y cristal
resuena en los oídos agonizantes
de las viejas ballenas,
festín de la desolación, el silencio, el olvido, la sombra.

V

«Hasta mañana.» Fue el último mensaje.
Y ya no habrá mañana.
Ahora las moribundas,
ciegas y sordas tienen la mirada del recuerdo
puesta en sus ballenatos indefensos
frente al testuz terrible de las olas heladas,
los témpanos, las hélices, los arpones,
desvalidos, sin rumbo
por esos mares de Dios.



Julio Llamazares

Nuevamente los bueyes pasarán por mi alma, y otra vez el silencio se posará como escarcha sobre los prados.

Hojas reseca en los robledales anuncian ya su paso poderoso. Y, en los tejados verdecidos por el musgo, el tiempo se desploma como un fruto maduro y amarillo.

Alguien, seguramente, alguien recién llegado del otro lado de las norias, quizá golpee el trozo de raíl que cuelga abandonado en los corrales del recuerdo.

Pero sus golpes no sonarán más fuertes que la lluvia, y sus ecos más blandos se enredarán en las zarzas como guedejas de lana de un gran rebaño gris.

Porque, una vez cruzadas las lindes del silencio, los bueyes ya no pueden detenerse, ni pueden alcanzar los pozos de la duda.

Buscarán en las vías las hierbas más amargas y, cuando sientan en sus babas el sabor de la muerte, se adentrarán lentamente en ríos más profundos que el olvido.

Y, en la pendiente ya colmada de quietud, rumiarán brevemente los abrojos del cansancio.



Guillermo Pérez Villalta La siembra 1991

**El buey
cierra sus ojos
lentamente...
Calor de establo.
Éste es el preludio
de la noche**

Federico García Lorca

Rafael Morales

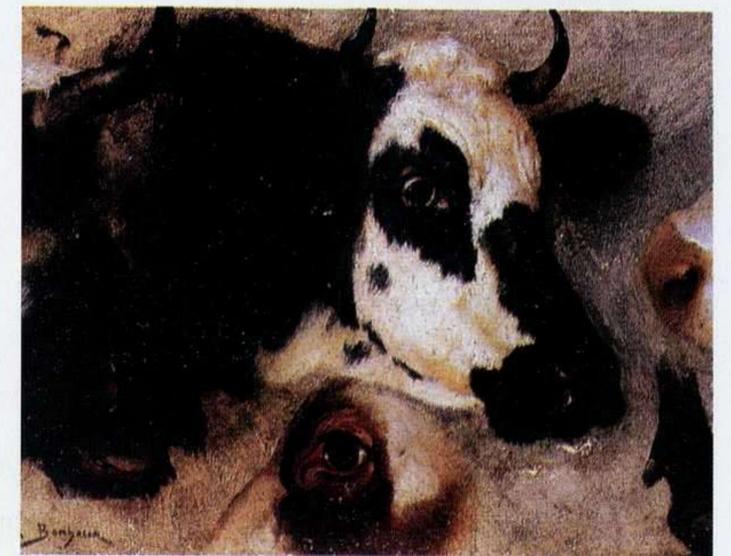
EL BUEY

La tarde desolada va cayendo sobre tus cuernos, mustia y dolorida, y en tus huesos cansados va creciendo el amargo sabor que da la vida.

El rumoroso mundo que estás viendo con su sonora carne te convida y tú del dulce mundo vas huyendo para halagar la mano que te cuida.

Buscó el amor regiones más amenas y, dejándote el yugo por amigo, abandonó en tu sangre lentas penas,

quedándote tan sólo por testigo la fría soledad de las arenas, el cielo grande y el rumor del trigo.



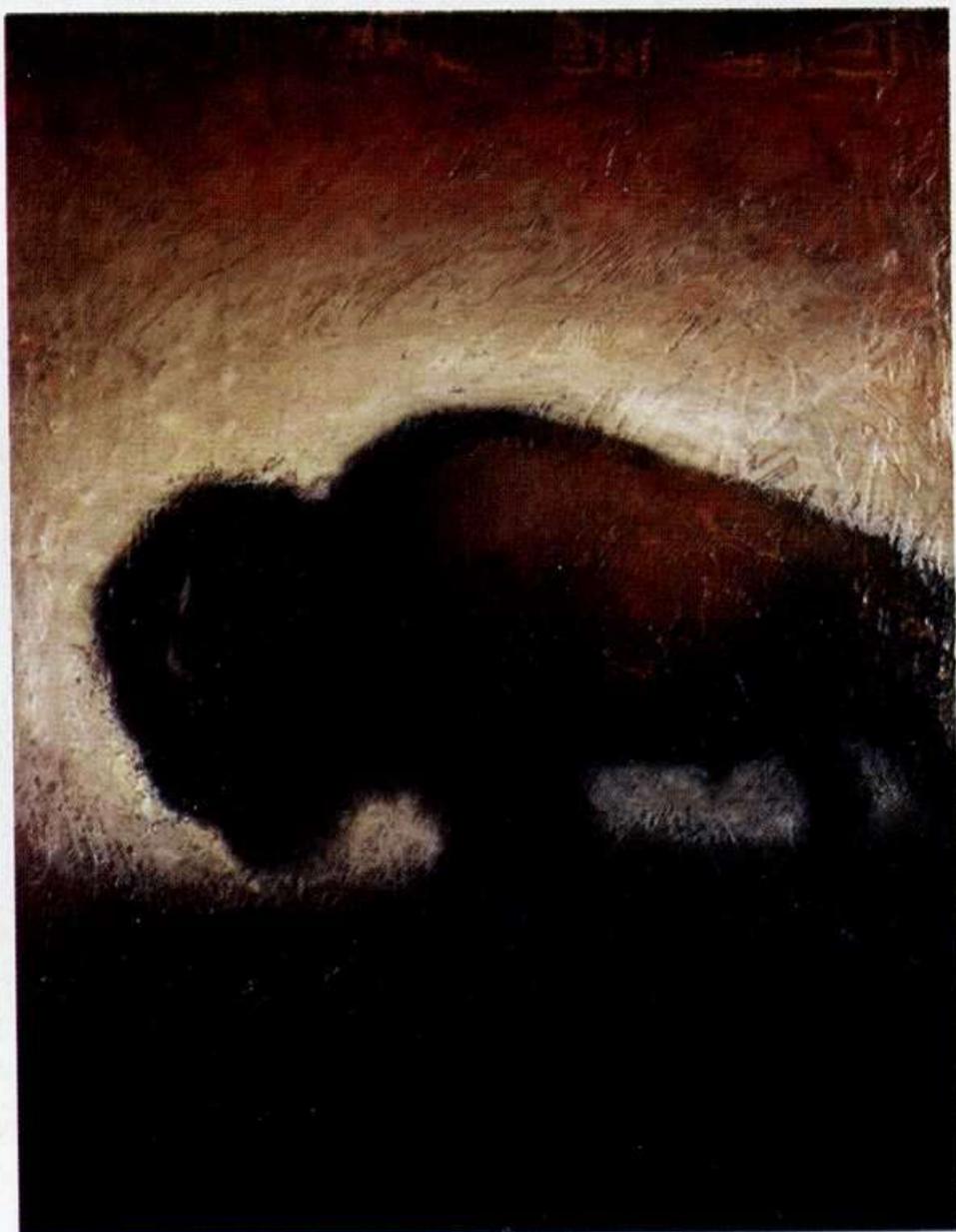
Rosa Bonheur Estudio de cabeza de buey 1849

Jesús Aguado

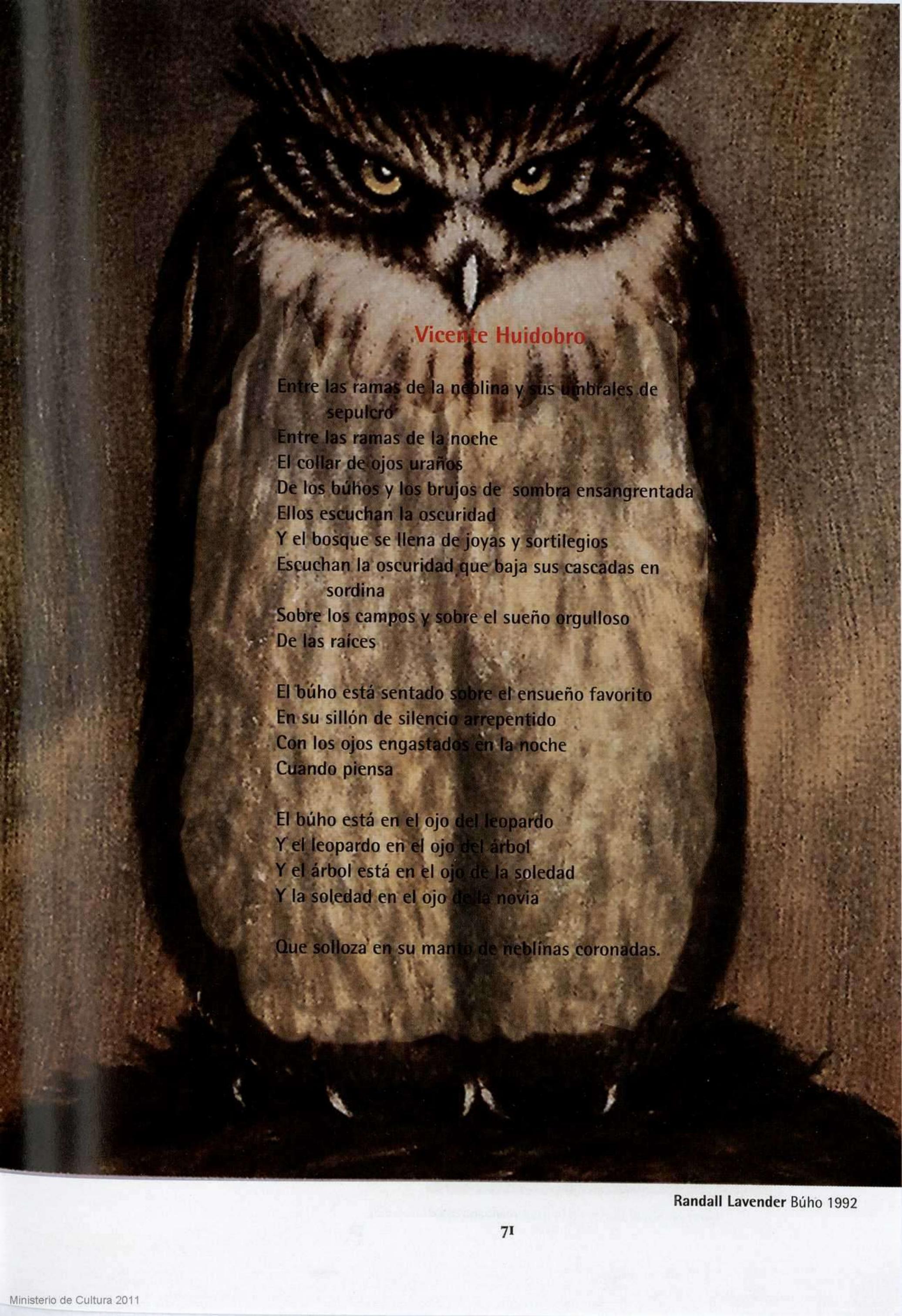
LOS BÚFALOS

Saber lo que es la vida no es distinto
que contemplar a un búfalo zambullirse en el agua.
Esa tensa fruición con que husmean el aire
cuando se sienten cerca del río se parece
a la furia gozosa de los dioses cuando crean un cuerpo,
otro mundo finito al que entregarse.
(Los dioses sueñan con búfalos, con tener sus fronteras
de piel firme y lustrosa, sus ojos delatores de una muerte
serena, su pasión por la lluvia y los lagos. Ellos quieren saber
lo que es el tiempo que se acaba desde uno de sus seres
perfectos.)

He mirado
muchas tardes la larga procesión de los búfalos
dirigirse a mis ojos para bañarse en ellos:
les llamaban mis lágrimas, lo más vivo de mí.



Ed Musante Búfalo 1994



Vicente Huidobro

Entre las ramas de la neblina y sus umbrales de
sepulcro

Entre las ramas de la noche

El collar de ojos uraños

De los búhos y los brujos de sombra ensangrentada

Ellos escuchan la oscuridad

Y el bosque se llena de joyas y sortilegios

Escuchan la oscuridad que baja sus cascadas en
sordina

Sobre los campos y sobre el sueño orgulloso

De las raíces

El búho está sentado sobre el ensueño favorito

En su sillón de silencio arrepentido

Con los ojos engastados en la noche

Cuando piensa

El búho está en el ojo del leopardo

Y el leopardo en el ojo del árbol

Y el árbol está en el ojo de la soledad

Y la soledad en el ojo de la novia

Que solloza en su manto de neblinas coronadas.

Miguel de Unamuno

A MI BUITRE

Este buitre voraz de ceño torvo
que me devora las entrañas fiero
y es mi único constante compañero
labra mis penas con su pico corvo.

El día en que le toque el postrer sorbo
apurar de mi negra sangre quiero
que me dejéis con él solo y señero
un momento, sin nadie como estorbo.

Pues quiero, triunfo haciendo mi agonía,
mientras él mi último despojo traga,
sorprender en sus ojos la sombría

mirada al ver la suerte que le amaga
sin esta presa en que satisfacía
el hambre atroz que nunca se le apaga.



Lorenzo Saval Buitre en la gran manzana 2005

Juan Luis Panero

LOS BUITRES GUARDIANES

Ernest Hemingway los vio en el cielo de África
y escribió sobre ellos palabras memorables.
Luego, en un estudio de cine, torpemente,
los hicieron volar, mensajeros en technicolor de la
muerte.

La olvidada intensidad del texto, la falsedad de las
imágenes
que, en esta noche absurda, un televisor repite,
podrían suponer el final de su embrujo, romper el
maleficio.

Sin embargo, en esta habitación impersonal, de
grotesca elegancia,
de un hotel cualquiera, de cualquier ciudad,
solo, a través del cristal, contemplo su pesada
presencia,

su mirada inquieta buscando la carroña,
el corrompido símbolo de sus alas alzadas.
Imágenes de un sueño, fantasmas de la vida,
aturdiendo mis ojos que, aburridos, se cierran,
sabiendo que ellos velan, tercamente esperan,
sucias plumas de sangre, en la cama de al lado.

José Julio Cabanillas

EL BURRO

Homenaje a G. K. Chesterton

En mi primer recuerdo brotó la historia. Si lo pienso,
una quijada mía perpetró el primer crimen.
¡Zas! y la sangre inocente de Abel manchó la yerba
fresca, recién segada del Edén.
Mi vida se sucede en una anónima cofradía de hermanos
que en hilera construyen los zigurats de Ur,
palacios en Persépolis,
mastabas de escribanos de Amenofis II.
Una tarde en el Nilo bebí la misma agua
que acariciaba el cuerpo desnudo de la reina.

Con el pueblo judío atravesé el mar Rojo.
Mil y un soles me han visto surcar el mapa mundi.
Paciente, atareado, de ojo agudo,
en mi lomo he llevado profetas, generales,
trigo, mujeres, rifles, cartas de amor, tesoros.
Di mi aliento al Mesías y con Él saludé a la turba radiante
que extendía sus vestidos a mi paso
por las callejas de Jerusalén.
Llevado, traído, vapuleado, roto. Soy viejo con el mundo,
su arrugado pellejo. Su suerte se confunde con la mía:
nunca nadie ha querido dar mi nombre a una estrella.



Franz Marc Friso de asnos 1911

Juan Ramón Jiménez

PLATERO

(fragmento)

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Solo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: «¿Platero?» y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, -las uvas moscateles, todas de ámbar; los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña ... ; pero fuerte y seco por dentro como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tien' asero

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

